
SERMON PARA EL DIA DIEZ Y OCHO.

No hay civilizacion verdadera en el órden intelectual y moral, sin la religion verdadera.

*Post te curremus in odorem un-
guentorum tuorum.*

En pos de tí correremos al olor de
tus unguentos.

CANT. I.—5.

Nunca, A. H. M., podrá agradecer bastante la humanidad el beneficio que Dios le ha concedido dándole la religion sacrosanta que profesamos los hijos de la Iglesia católica. Esa religion santísima, don el mas precioso que ha descendido del cielo, estrecha lazada que une en amigable, respetuoso y sagrado consorcio á la criatura con su Criador, fuente perenne é inmaculada de todo lo grande, de todo lo bello y de todo lo santo, no se limita á indicarnos el cielo como término de nuestra peregrinacion sobre la tierra, proporcionándonos todos los medios conducentes para lograr un lugar de luz inestinguible, de perpétuo descanso y de felicidad sólida é imperecedera. Esa religion tambien, como luz de vivísimo resplandor para las inteligencias, como inagotable manantial de sentimientos generosos y levantados para el corazon, y como origen, y protectora del bienestar posible en la tierra, atiende como madre solícita y cariñosa á nuestras necesidades de la vida presente, ocurre á satisfacerlas,

segun el órden sapientísimo de la providencia de Dios, y todo lo ennoblece y santifica con sus nobles inspiraciones, y con sus santas y provechosas influencias para contribuir eficazmente por su parte á la verdadera civilizacion de los pueblos, civilizacion que no podemos encontrar donde no se halle la religion, esta hija del cielo.

La Santísima Virgen María, cuyas glorias venimos admirando, y cuyas virtudes vienen siendo nuestra elocuente enseñanza para imitarlas corriendo en pos de ellas, cual si fueran un perfume delicado que nos atrae y nos lleva tras sí, se presenta á nuestra vista como el dechado de la Mujer verdaderamente religiosa, de la Madre bendita de los hombres que, instruida en la religion, y saturado su corazon con los sentimientos que comunica esa religion santísima, contribuye por su parte á la civilizacion de los hombres, porque es verdaderamente civilizada. Conforme María, como no podia ser menos, con los consejos y prescripciones de la eterna Sabiduría, hasta el extremo de que la Iglesia ponga estos en boca de nuestra celestial Madre y Maestra para que aprendamos los senderos de la civilizacion verdadera, y por ellos marchemos con seguridad, nos ha dicho: «Mio es el consejo y la equidad, mia es la prudencia, mia es la fortaleza. Por mí reinan los reyes, y los legisladores decretan lo justo. Por mí los príncipes mandan, y los poderosos decretan justicia. Conmigo están las riquezas y la gloria, la opulencia y la justicia, porque mejor es mi fruto que el oro y que la piedra preciosa, y mis productos mejor que la plata escogida. En caminos de justicia ando, en medio de senderos de juicio para enriquecer á los que me aman, y henchir sus tesoros. Bienaventurados los que guardan mis caminos. Escuchad la doctrina, y sed sábios, y no queráis desecharla. Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela á mis puertas cada dia y está de asecho en los postigos de mi puerta. Quien me hallare, hallará la vida y obtendrá la salud del Señor.

Mas el que pecare contra mí dañará á su alma. Todos los que me aborrecen y desechan los avisos saludables y doctrina que yo les doy, aman la muerte, porque siguen aquello que les priva de la verdadera vida.»

Aunque no tengamos otros testimonios, A. H., que estas divinas enseñanzas que nos da María; aunque prescindamos de los hechos maravillosos de su admirable vida, y de los incalculables sacrificios que ofreció hasta por la dicha temporal de los hombres, basta esta doctrina celestial para comprender que en ella se encuentran los gérmenes fecundos de los progresos bien entendidos de los pueblos, y de la civilizacion que estos anhelan; y que desechada esa doctrina, ni hay cultura positiva, ni progresos útiles ni estables, ni civilizacion verdadera; porque si esta no es otra cosa, segun nos ha dicho un ilustrado escritor, que «el resultado de la aplicacion práctica de la razon perfeccionada, y de los nobles instintos de la humanidad al bienestar del individuo y de las sociedades,» sin la doctrina del cielo de que nos habla la Santísima María, la razon no puede perfeccionarse, porque es una luz vacilante que necesita de la fijeza de la luz de la revelacion, ni los instintos de la humanidad son nobles cuanto deben serlo, porque no los ennoblece esa doctrina celestial, atendiendo á la degradacion en que se encuentran por el pecado de origen que corrompió miserablemente todo nuestro ser.

De aquí infiero una conclusion que ha de servirnos para nuestras meditaciones en este dia, á saber: No hay verdadera civilizacion sin la religion verdadera. Ora consideremos esta civilizacion en el orden científico, ora en el orden de las costumbres, que son los dos extremos en que dividiremos nuestro asunto, hemos de convenir en que la religion que profesamos es el agente poderoso de la civilizacion bien entendida. La Santísima Virgen María que ha confirmado con su conducta estas verdades es digna de ser imitada: *post*

se curremus in odorem unguentorum tuorum. Esa misma Señora nos alcanzará las luces que necesitamos para tratar con acierto materia tan importante, y á este efecto saludémosla todos con filial devocion.

AVE MARÍA.

I.

Un eminente escritor de nuestra pátria, A. H., el inmortal Balmes, tratando de la civilizacion ha dicho estas palabras que no podemos menos de citar para esclarecer la proposicion que nos ocupa: «¿Qué significan las palabras de *actividad, movimiento, desarrollo del espíritu humano*, aceptadas ya como signo infalible de civilizacion? Examinadas á fondo se descubre que son moneda falsa, que contiene bastante metal precioso, pero que está muy distante de llegar á buena ley. Antes de apelar á racionios, echemos mano del concluyente testimonio de los hechos. Desarrollo del espíritu humano habia antes en Grecia en los tiempos que precedieron el imperio de Alejandro; el espíritu se habia levantado á grande altura, y la sociedad estaba llena de un movimiento que parecia indicar sobreabundancia de salud y de vida. Sin embargo, aquellos pueblos no marchaban á la civilizacion, porque en la realidad avanzaba de un modo espantoso la gangrena, la disolucion social. ¿Creeis que exageramos? Pues dejad que pasen poquísimos años, y esa Grecia tan bella, tan brillante, tan activa, tan bulliciosa, la vereis postrada con el mayor desaliento, ora bajo la desdeñosa proteccion de Filipo, luego bajo la coyunda de Alejandro y de sus sucesores, hasta que aplastada bajo la mano poderosa de Roma, es reducida á polvo, y desaparece. Desarrollo individual y social habia en Roma cuando contaba en su seno hombres como Ciceron y César; y sin embargo aquella ciu-

dad no marchaba á la civilizacion, sino á la muerte. Lució para ella el bello siglo de Augusto, claridad fugáz á la víspera de noche tenebrosa, fatídica sonrisa en los lábios de un moribundo; pero con todo su desarrollo y movimiento caminaba á pasos agigantados al amargo destierro que le estaba reservado en un cercano porvenir; iba á postrarse á las plantas de los Caligulas y Neronés, iba á perder hasta el recuerdo de sus glorias, iba á olvidar el sentimiento de su dignidad, iba á ser presa de la ignorancia y de la corrupcion, iba á ser la befa y el escarnio de los bárbaros del Norte.»

En vista, A. H. M., de estas juiciosas observaciones del ilustrado y célebre pensador español, ¿creeis que al sostener que no hay verdadera civilizacion sin la religion verdadera impugnamos la actividad, el movimiento y el desarrollo del espíritu humano? ¡Ah! de ninguna manera, como no la impugnaba ese génio sobresaliente. Solo queremos dar á entender que hay necesidad de fijar un centro al desarrollo de la inteligencia humana, y este centro, fuera del cual no hay sino densas tinieblas, oscuridad profunda y tristísima ignorancia, es la religion que marcha al frente de todos los adelantos, que alumbra todos los horizontes, que destierra todos los errores ilustrando con su luz purísima todas las inteligencias para guiarlas sin dudas ni vacilaciones en la inquisicion de la verdad y llegar á la verdadera civilizacion.

El hombre del siglo XIX no lo comprende de este modo, y olvidado de esta máxima de S. Pablo: «no conviene saber mas que lo que conviene saber, sino que debe saberse con templanza:» *sed sapere ad sobrietatem*, ha realizado un sacrilego divorcio de su inteligencia con la religion, creyendo de esta manera avanzar en la carrera de la civilizacion; y entonces se han visto los extravíos del racionalismo que en sus absurdas concepciones ha roto con las tradiciones mas venerandas, y se ha emancipado de la autoridad soberana y civilizadora de la revelacion divina. Las consecuencias de

esta lamentable emancipacion han sido esa multitud de errores que han pervertido todas las ideas, que han alterado todas las verdades, que han conmovido todos los principios, aun los mas sagrados en que descansaban las sociedades, no dejando otra cosa que la duda, la inestabilidad de las opiniones humanas, y sus perpétuas y temibles contradicciones. Y es que la inteligencia del hombre, cuando no está subordinada á la inteligencia de Dios, cuando no es vivificada por el espíritu de la religion, entonces concibe el necio orgullo de renovar la guerra de los titanes de la fábula escalando el cielo, y tiene la insensatez de atribuirse la fuerza omnipotente de Aquel que dijo: «hágase la luz y la luz fué hecha,» y llama cultura, y progreso, y civilizacion á la sabiduría de este mundo que es locura delante de Dios:» *sapientia hujus mundi stultitia est apud Deum*.

Hermanos míos: á vista de esos hombres propagadores de la civilizacion moderna, condenada justamente por la Iglesia porque entraña los mas perversos y disolventes errores ¿tendrá que enmudecer el mas sábio de los hombres haciendo el elogio de la sabiduría celestial, origen fecundo de la civilizacion verdadera, fundamental y universal que ha traído al mundo la religion católica? Porque tened entendido que ese hombre nos ha dicho: «Deseé y me fué dada inteligencia, é invoqué en mi el espíritu de la sabiduría, y la antepuse á los reinos y tronos y juzgué que las riquezas son nada en comparacion de ella; la amé mas que la salud y la hermosura y propuse tenerla por luz, porque es inestinguible su resplandor; y me vinieron todos los bienes juntamente con ella, é innumerable riqueza por sus manos, porque es enseñadora de la ciencia de Dios, y la electora de las obras de Él. Y si se apetecen riquezas en la vida ¿qué cosa mas rica que la sabiduría que obra todas las cosas? *quid sapientia locupletius, quæ operatur omnia*. Y si se desea talento, ingénio para ser algo ¿quién es mejor artífice que ella de es-

tas cosas que existen? *quis horum quæ sunt, magis quam illa est artifex.* Y si alguno desea el mucho saber, ella conoce lo pasado, y hace juicio de lo venidero, conoce los enredos maliciosos de los discursos y las soluciones de los argumentos; sabe las señales y maravillas antes que sucedan, y las cosas portentosas de los tiempos y de los siglos:» *signa et monstra scitante quam fiant, et eventus temporum et sæculorum.*

¡Ah! si Salomon, inspirado por Dios al indicar este verdadero y segurísimo elemento de civilización, tuviera que enmudecer, lo que no sucederá, por la gritería de los modernos civilizadores engreídos con sus progresos intelectuales y científicos que les hacen menospreciar con grande injusticia la religión de Jesús, hallarian por él las letras, las ciencias y las artes fomentadas, protegidas y conservadas por la acción vivificante y conservadora del catolicismo para civilizar los pueblos y las sociedades. Porque, A. M., la historia de la civilización está hecha en la historia del cristianismo, y hasta que hubo cristianismo no empezó el género humano á caminar de frente por un impulso común en la senda de la restauración que venia á civilizar al mundo. Cuando la Europa entera estuvo amenazada de un retroceso á los siglos de ignorancia y de barbarie «¿quién salvó el arca del saber de esta inundación? diré con un escritor. ¿Dónde sino en las catedrales y los conventos se depositaron las letras, la erudición y la teología que fué la ciencia en que se refundieron entonces todos los conocimientos humanos, para salir mas tarde de su seno con nueva energía y vigor, y lanzarse con mas atrevimiento en la carrera que con tanta brillantez han recorrido? ¿Qué nombres presenta la edad media en las armas, en la política, en las artes de gobierno, en el saber profano que puedan rivalizar con los de S. Buenaventura, santo Tomás de Aquino, Escoto, Alberto el grande, y Pedro Lombardo? Los trabajos de estos hombres inmortales, mal apreciados por la generación presente, imprimieron á todos

los ramos del saber, el sello cristiano que los distingue. Cuando la filosofía tomó un nuevo giro, y emprendió un nuevo sistema de trabajos, sus primeras miradas se dirigieron á Dios; la idea de Dios ha santificado despues todas sus especulaciones, así como ha vivificado las artes, así como ha humanizado los gobiernos, así como ha multiplicado los medios de ejercer la caridad, así como, en fin ha cubierto, y cubre con su santa égida esa fermentación de trabajos útiles, de empresas civilizadoras, de reformas saludables, [y de asombrosos descubrimientos que son la gloria del siglo en que vivimos.»

Pues bien; yo pregunto á los sábios modernos que prescindan de la religión para civilizar los pueblos en el orden de las ideas ¿qué doctrinas son las que habeis sustituido, ó pensais sustituir á las doctrinas católicas? ¿qué sistemas son esos que con tanto entusiasmo aplaudís para civilizar las sociedades? ¡Ah! son las doctrinas del racionalismo que instituye á la razón individual por juez de la verdad y por regla de la fe para que guiada por el libre exámen todo lo que parezca claro á la razón de cada uno sea lo verdadero, y que siendo tan diversos los modos de ver las cosas en los hombres sean tantas las verdades, tantas las reglas de fe, y tantos los simbolos cuantos sean los hombres. Son las doctrinas de la incredulidad, por cuyas teorías, los hombres «blasfeman de todas las cosas que no saben, y se pervierten como bestias irracionales en aquellas cosas que saben naturalmente» á dicho de S. Judas; teorías disolventes que secan la inteligencia y que rebajan al que las acepta á la condición miserable «del caballo y del mulo que no tienen entendimiento:» *sicut equus et mulus, quibus non est intellectus.* Son las doctrinas de la indiferencia religiosa que da por base á la religión la libertad de creer, admitiendo por consiguiente el absurdo de que todas las religiones son verdaderas, y absurdo es que dogmas contradictorios puedan ser á un mismo

tiempo verdaderos, verificándose el si y el no á un mismo tiempo sobre una misma materia.

Si de esta manera han de civilizarse los pueblos, A. H. M., renunciemos á tan funesta civilizacion que haria nuestra condicion intelectual mil veces peor que la de los salvajes que habitan en los bosques. Pero afortunadamente estamos convencidos que no se da civilizacion verdadera en el órden de las ideas sin la verdadera religion, y á ejemplo de nuestra Madre Santísima seguiremos con su auxilio esa civilizacion ciertamente ilustrada. Así como no se concibe civilizacion verdadera en el órden de las costumbres sin esa misma religion: *post te curremus in odorem unguentorum tuorum.*

II.

¿Cuál era, A. H., el estado de la humanidad antes de aparecer sobre la tierra la religion bendita que Jesus, hijo divino de Maria, estableció en ella, no solo para la felicidad eterna del hombre, sino tambien para su bienestar, y el de la sociedad que es el fin de la civilizacion? ¡Ah! los instintos viciados de la humanidad habian creado la horrible esclavitud, habian vilipendiado la dignidad de la mujer, y autorizado torpemente el infanticidio, y aunque nos limitemos á estos tres extremos de perversion moral, ved si es posible con ellas la civilizacion de los pueblos. Pero aparece el cristianismo, se promulga la religion divina de Jesucristo, y esta religion que ilustra las inteligencias con su verdad celestial, que ennoblece esos instintos, que morigera las costumbres con la santidad de sus máximas, crea una verdadera civilizacion en el órden moral que antes de ella no habia podido ni aun concebir la filosofia de los hombres.

Con efecto; «la esclavitud, dice un escritor, infiltrándose en todas las relaciones de la vida era la base de la domesticidad, y corrompia los goces inocentes de la familia. El es-

clavo no era persona; era cosa, como lo sancionó solemnemente el derecho romano. Su vida, no solo sus brazos y su libertad, dependian del capricho del dueño, y no solo se le despojaba de ella como castigo, sino que se arrojaban vivos los esclavos á los peces, para que alimentados con sus carnes recreasen el paladar del sibarita. El esclavo no tenia propiedad, no tenia familia, no se creía que debia tener religion; su razon, su inteligencia, su voluntad, le eran absolutamente inútiles, no era objeto de ninguna obligacion, y no no podia exigir ni aun su precisa subsistencia.»

¡Pobres hermanos nuestros! vuestra condicion miserable va á mejorarse notablemente. «Jesus, que ha venido á restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra,» predica la caridad entre los hombres «dándoles el precepto de que se amasen los unos á los otros, como Él los ha amado;» y su doctrina predicada por los apóstoles, establece que ya «no hay distincion de judio y de griego, puesto que uno mismo es el Señor de todos:» *nam idem Dominus omnium*; derriba el muro de separacion «entre el gentil y el judio, el circunciso y el circuncidado, el bárbaro y el scyta, el siervo y el libre, pues Cristo estodo en todos:» *sed omnia, et in omnibus Christus*. Pero entiéndase que al hacer esta gloriosa trasformacion, estableciendo en el mundo la igualdad, no dispuso el Señor de cielos y tierra que los reyes bajasen de sus tronos para ponerse al igual de sus vasallos, ni que los ricos se despojasen de sus riquezas para repartirlas entre los pobres, ni que los poderosos y los grandes de la tierra se desposeyesen de su grandeza y de su poder para esceder en dignidad á los demás, porque Jesucristo no vino á trastornar las gerarquias, ni alterar la armonia del mundo visible; vino á establecer la igualdad moral que estaba trastornada por el pecado, y ocasionaba el desórden con la desigualdad política. Promulgó su código de paz y de alianza, y la especie humana cambió de aspecto; un nuevo espíritu de vida y de